



Clara
Voghan
Ana



Clara Voghan

Ana

Cuento

edición digital
CCM

© Clara Voghan, 2005

Todos los derechos reservados.

Exp. 418716

Edición digital de CCM

de distribución gratuita, se prohíbe su venta.

Información y comentarios: claravoghan@mailbolt.com

Pedidos y representación:

CCM

claravoghan@lycos.com

—¡Feliz cumple! .. Te extraño mucho, y te quiero todavía más...

Mensaje correcto, persona equivocada.

Ana miró el reloj: ¡las seis de la mañana!

—Disculpa la hora, pero tenía miedo de que te fueras temprano al hospital.

“Y por eso has llamado una hora antes de que sonara el reloj, ¿verdad?”, pensó Anita resignada, que ya conocía tanto a su madre que simplemente se sentó en la cama a esperar la estocada final.

—Que los Reyes Magos te traigan un buen marido, y a mi un lindo nietito.

Ahí estaba. ¡El nietito! Infaltable, como cada año desde que había cumplido los veinticinco. Lo curioso era que durante los siete años en que había estado “de novia” con el idiota de Claudio, (desde los quince, hasta los veintidós), cada vez que llegaba tarde a casa, su madre escupía la maldita frase, pero con un sentido distinto: “¿No me traerás un nietito, no? ¡Sería lo único que falta!”.

Ahora, en cambio, “el nietito” era una forma “sutil” de recordarle que su reloj biológico no se detenía, y que precisamente aquella mañana (la de Reyes), algún camello había traído en sus alforjas treinta hermosos años, y los había depositado justo en sus caderas (la celulitis era un bono extra).

—Bueno, querida, si te he despertado sigue durmiendo... ¡Y que tengas un cumpleaños muy feliz!

Mientras colgaba el teléfono, Ana tuvo la certeza de que estaba predestinada a no conocer nunca uno de esos. De hecho, su primer recuerdo de un cumpleaños todavía le producía una cierta sensación de ahogo. Literalmente, ahogo. Por aquellos días apenas tenía dos años, y no medía mucho más de setenta centímetros (siempre había sido muy bajita). El día anterior todos habían acomodado sus “zapatitos” en la puerta del patio, y habían puesto un fuentón con agua “para los camellos”. Ni bien amaneció, la familia completa corrió hacia allí, expectante. Pero como era la más chiquita, y la que cumplía años, sus hermanos le dieron prioridad a “Anita” (primera y única vez en que aquella malsana tropilla de varones la iba a tener en cuenta para algo). Así que, emocionada, corrió y corrió... Por supuesto, papá había olvidado vaciar el fuentón, que sólo tenía treinta centímetros de profundidad, pero que resultó suficientemente hondo como para dejarla escupiendo agua por el resto del día.

Los cumpleaños siguientes no fueron mejores. Mientras sus hermanos desenvolvían pelotas, guantes de boxeo, o patinetas dejadas por los generosos Reyes Magos, ella, la del

cumple, recibía lo más costoso y aburrido: ropa o cosas que necesitaba . ¿Y quién quiere cosas que necesita como regalo de cumpleaños?

Justamente eso era lo que nunca le había podido hacer entender a Claudio, su ex, que desde su cumpleaños número quince siempre le había regalado objetos útiles... ¡para él! : música de rock pesado, entradas para ver un torneo de box de verano, libros de ciencia ficción e, incluso, un paseo en globo (olvidando que ella tenía terror a las alturas). Lo curioso era que los tres últimos años de su noviazgo él, ante sus continuas quejas, había optado por hacerle regalos “para el hogar”: un equipo de música, una cafetera, ¡una plancha! Extraños obsequios para alguien que, ni bien se recibió de médico, luego de largas noches de estudio compartidas, y de un apoyo incondicional por parte de Ana, decidió que se sentía asfixiado por tanta formalidad, y que era hora de “ser libre”.

El corazón de Ana se estrujó. ¡Otra vez estaba pensando en Claudio! Y es que si bien ya hacía muchos años que aquello había acabado, el verlo todos los días en el hospital no ayudaba para sacárselo de la cabeza. ¡Pensar que ese trabajo se lo había conseguido ella, justo antes de romper! Y ahora esa cercanía la encarcelaba. Mientras veía pasar aventuras y amantes por el consultorio de su ex — futuro marido, ella se contentaba con evaluar las posibilidades que tenía cada hombre que conocía en el hospital (¿dónde más, si trabajaba doce horas al día ?), para convertirse en un marido cariñoso y fiel, que hiciera realidad el sueño de su madre.

Para las ocho de aquella mañana de Reyes, Ana ya había estado veinte minutos en la bicicleta fija, y ahora se contemplaba con ojo crítico en el espejo del gimnasio, mientras movía las pesas de un aparato parecido a un potro de tormento (y que por cierto se sentía como uno). Aquello del gimnasio había sido una idea de dos meses atrás, cuando ya los treinta años se anticipaban. Inocentemente había creído que era un buen lugar para conocer hombres... ¡Qué va! ... Los muchachos sólo tenían ojos para sus propios músculos, el entrenador para los muchachos, y los pocos hombres que había allí, para la voluminosa profesora de “aeróbicos”, o mejor dicho, para las partes de su anatomía que salían a tomar aire durante sus extrañas piruetas y saltitos. Curiosamente, si bien era ella la que hacía gimnasia, eran ellos los que tenían gran actividad cardiovascular. Al lado de semejante cuerpo, el de Anita parecía insignificante. Ella, salvo de caderas, no tenía mucho de nada. Y si bien se había sometido a aquella tortura matinal a fin de levantar su autoestima, se había equivocado rotundamente. Las demás mujeres se tomaban eso de la gimnasia muy en serio. Compraban ropa ajustada y a la moda, y permanecían atentas a que el sudor no les corriera el maquillaje. Muchas, inclusive, pasaban por el quirófano, para poder mostrar con orgullo los beneficios de tanta “gimnasia”. ¡Locas! Ana, en cambio, llevaba allí las camisetas más viejas, un pantalón económico (único que había podido comprar con su magro sueldo de instrumentista quirúrgica), y se dedicaba a sentirse miserable.

Y en eso estaba, mirando su miseria por el espejo del gimnasio, cuando una pesa se soltó y golpeó su cabeza. Inmediatamente comenzó a fluir la sangre por su frente. De

repente su sueño se convertía en realidad: por un breve instante era el centro de atención en aquel extraño lugar.

“ Ya viene el médico”, escuchó decir a alguien. E inmediatamente, aunque estaba algo atontada, comenzó a pensar que quizás aquel médico fuera su príncipe azul. Pasaba en todas las películas y en las novelas. Una se desmayaba, y algún muchacho buen mozo, salido de ningún lugar, venía a rescatar a la heroína de la chatura de su vida.

“Aquí está el doctor”.

Ana se dio vuelta esperanzada... No, no era el príncipe. Era el castillo. Casi dos metros, cien kilos, y otros tantos años. Y como todos los hombres con que se había topado luego de la muerte de su padre, éste también la hizo sufrir mucho.

Durante el viaje hacia su trabajo estuvo pensando qué explicación iba a dar a la herida que tenía en la frente. Confesar a todos su torpeza (el accidente había ocurrido por su exclusiva culpa, como había dejado muy en claro la dueña del gimnasio), resultaba humillante.

Al llegar al hospital corrió al baño, y acomodó su pelo de forma de tapar con un mechón el precario vendaje, y así evitar las preguntas. Cosa innecesaria, como pudo darse cuenta a la media hora, porque nadie parecía estar demasiado interesado en ella. Había recorrido ya los pasillos de la dirección, el bar, y la sala de médicos, sin más saludos que los

acostumbrados. Decidió entonces destaparse la herida. Si no recordaban su cumpleaños, al menos iban a notar que algo le había pasado...

Pero nada.

Tenía treinta y ya se había convertido en una mujer invisible.

Encerrarse en el baño de un hospital de niños a llorar, sintiendo lástima por uno mismo, definitivamente no era una buena idea. En el poco tiempo que había permanecido allí había escuchado a una madre que esperaba con ansias un corazón para su hijo de tres años, a una abuela comentando despreocupada los últimos análisis de su nieto, sin entender que se trataba de un cáncer de pronóstico sombrío, y a una nenita rechazando ayuda con su silla de ruedas. Llorar “porque he cumplido treinta y no tengo novio” resultaba entonces decididamente estúpido. Y si de algo se preciaba Ana era de no ser estúpida. No sólo se había graduado de instrumentista a los diecinueve años, con las mejores notas de su promoción, sino que (¡quién podía dudarlo!), había sido ella la que le había explicado las últimas materias de medicina al (¡ese sí!) estúpido de Claudio. ¡Tenía treinta años, ¿y qué?! ¿Necesitaba un marido? ¡No! Podía perfectamente mantenerse sola. ¿Necesitaba a un

padre para tener un hijo? ¡No! El hospital estaba lleno de bebés abandonados, y ella era lo suficientemente generosa como para criar a alguno como propio. ¿Necesitaba un hombre? .. ¡No! .. Bueno...

En un hospital de niños el día de Reyes era siempre algo especial. Primero llegaban los medios. Algún diario, o un canal de televisión, con tres Reyes Magos vestidos de gala, y una bolsa (pequeña) de juguetes nuevos. Sólo permanecían un rato, e iban a las salas mejor acondicionadas y con los enfermos menos graves (se trataba de enternecer, y no de asustar a la audiencia). Por supuesto enfocaban también a algún niño hermoso con un respirador (eso subía algunos puntos el “rating”). Cuando el espectáculo ya había acabado, las cámaras se retiraban. Los demás niños, internados en las salas no privilegiadas, miraban por el televisor a los más afortunados. Para ellos llegaban otros Reyes, de uniforme más raído, que repartían regalos de segunda mano, reunidos en la Parroquia del barrio. Para las seis de la tarde, los Reyes, pobres o ricos, habían desaparecido por completo, posiblemente con un pase mágico, y eran los mismos médicos o enfermeros los que se disfrazaban, entregando juguetes comprados con sus magros sueldos a los pequeños olvidados hasta por la caridad.

Como todos los años, Anita participaba en esa ceremonia. Y estar junto a sus pequeños enfermos, que tanto amaba, la recompensaba de las amarguras de sus fallidos cumpleaños. Y aquel año no era la excepción. Había ido directamente a la sala de los olvidados, los

terminales, aquellos niñitos que tocaban la muerte con su mano. Los había acariciado a todos, había reído con ellos, les había leído cuentos, y los había agasajado.

“Ya vienen los reyes”, gritó alguien.

Sin soltar la mano de un chiquito que había conocido dos días atrás, mientras su jefe le extraía un tumor del cerebro, del tamaño de un limón, Ana recibió con algarabía la presencia de aquellos conocidos extraños. Melchor era el jefe de la guardia de neonatología, un tipo increíble, e increíblemente casado. Gaspar era el recepcionista de oncología, un señor tan ateo como comunista, que todavía creía que la caída “del muro” era la peor burla de la historia. Y en cuanto a Baltasar... ¿Quién era Baltasar? ... El betún negro confundía sus rasgos.

Pero por algún extraño motivo, Ana no podía dejar de mirarlo. Siempre había descubierto con facilidad al Baltasar de turno, pero aquel... Estaba segura de que nunca antes había visto aquellos hermosos ojos azules.

Como si sus pensamientos lo guiaran, Baltasar se les acercó.

—¿Quién es este niño que está aquí?

—Tomás— contestó Ana, a quien ni siquiera la voz de aquel hombre le resultaba familiar.

—¿Tomás? Tienes el nombre de alguien valiente... Como Tomás Corazón de León....

—¿Tomás? Creí que se llamaba Ricardo— replicó Ana, divertida.

—Ese es el que todos conocen, pero puedo asegurarte que Tomás era mucho más valiente. Sólo que no tenía tan buena prensa...— dijo el Rey Mago, entre risas. Luego se puso serio y, buscando los ojos de Ana, agregó: — A veces hay que mirar con más atención para descubrir al que vale la pena conocer—

—¿Has traído algo para mi?— susurró el pequeño.

—¡Por supuesto! .. ¿Qué es lo que más quieres en este mundo? —

—A mi perrito, Dani. Pero no lo dejan entrar aquí, porque dicen que puede enfermarse— sollozó el niño, entristecido.

—¿Y acaso tu perrito es blanco, con manchas negras por todo el cuerpo?

—¡Sí!—

—¿Y acaso tiene los ojos negros?

—¡Sí!

—¿Y acaso se parece a éste, que se llama Tomás como tu?— dijo el Rey Mago, mientras sacaba un hermoso perro dálmata de juguete, con la cabeza vendada.

—¡Sí!— repitió el niño con emoción, mientras abrazaba a su nuevo compañero.

—¿Sabes? Debes cuidarlo mucho. No debe correr ,ni gritar, ni se debe sacar el vendaje. Le acaban de quitar un limón de la cabeza... ¿Me prometes que vas a cuidarlo hasta que se mejore?

—¡Claro!

—¿Y prometes que cuando llegues a casa no te vas a separar de él, y no vas a permitir que Dani lo muerda? .. Es bueno tenerlo alejado el primer tiempo... Podría lamerle la cabeza, y lastimarlo.

—Prometo que lo voy a cuidar— dijo el chiquito con la misma emoción con la que hubiera jurado lealtad a la reina.

Ana miraba la escena, sorprendida y emocionada.

—¿Y tu?— le preguntó repentinamente el Mago. — ¿Qué le has pedido a los Reyes?

—Un marido— respondió entre risas la muchacha.

—Déjame ver si he traído uno de esos en la bolsa— respondió Baltasar, mientras hurgaba en un saco inmenso, como si de verdad de allí fuera a salir un hombre.

—¿Te conformas con esto?— le dijo al fin, mientras le alargaba un hermoso osito de felpa blanco.

—¡Gracias! .. ¡Es hermoso! El oso más lindo que he visto en mi vida... ¿Qué te parece si se lo regalamos a aquella niña que está ahí?

—¡No!— se sobresaltó el Mago. — Este es para ti. Alguien me pidió especialmente que te lo diera... Y hoy es tu cumpleaños—

Ana lo miró sorprendida, e iba a hacerle una pregunta cuando una gran agitación en el pasillo la distrajo. Alguna urgencia grave acababa de ocurrir, porque todos corrían. Cuando volvió a mirar, los tres Reyes Magos habían desaparecido, y ahora era su turno. Sin soltar a su oso, se despidió de Tomás, y del pequeño Tomás, que convenientemente no ladró, y se dirigió hacia el quirófano del que acababa de salir hacia menos de una hora.

Transcurrió allí cuatro, que sumadas a las anteriores, ya hacían once. Faltaban dos horas para las doce de la noche. Todos habían extendido sus turnos por la bengala que algún idiota tiró y que había incendiado un galpón repleto de niños pobres, que estaban compartiendo allí la merienda de Reyes.

Afortunadamente, luego de tanto esfuerzo, ya todos estaban fuera de peligro, o con un excelente pronóstico. Su jefe, junto al que había trabajado durante los últimos años, se había lucido una vez más.

—¿Qué te ha ocurrido en la frente?— le preguntó, mientras se lavaban las manos.

Raro... El impenetrable doctor Fuentes le estaba hablando. Ya hacían tantos años que trabajaban juntos, que bastaba un gesto de él para que ella supiera exactamente si le estaba pidiendo un escalpelo o una esponja. Sin palabras. Y si bien el clima en el quirófano solía ser amable, para aliviar la tensión, él jamás intervenía en las conversaciones y las charlas. Sólo escuchaba.

—Esto está muy feo— dijo, mientras la revisaba, sin esperar respuesta. — Antes de irte pasa por mi consultorio que te voy a dar dos puntadas.

Ana asintió, como hacía siempre que estaba con él, sin mirarlo. Su jefe generaba en ella un profundo respeto, pero a la vez, una sensación de gran confianza. Increíble que fuera justamente él, el único en darse cuenta de que estaba lastimada. Si además le deseaba un feliz cumpleaños, la próxima que iba a tener que ser atendida era ella.

—¿Hoy no es tu cumpleaños?

Ana miró los ojos azules de aquel hombre imponente, buscando los del Rey Mago que tanto la habían trastornado aquella tarde. Pero, decididamente, la mirada lasciva de Freddy, el de conserjería, poco se parecía a la del otro hombre.

—¡Claro! Hoy es tu cumpleaños.

Un corrillo de enfermeras no tardó en rodearla. De repente todo eran besos y saludos.

“ La culpa es tuya, por no traer una torta”; “ Debieras haberlo dicho ayer”; “Si no haces fiesta, es fácil olvidarlo”, fueron las excusas, que más sonaban a reproche.

—¿Y qué te han regalado?

—Los Reyes me han traído este osito— respondió Ana con orgullo. Y es que, bien mirado, aquel era uno de los mejores regalos que había recibido en la historia de sus desafortunados cumpleaños.

—¡Qué hermoso!— corearon las enfermeras al ver el juguete.

—Mira, tiene algo escrito en el moño— observó una de ellas.

—“Antes de que acabe el día, alguien te declarará su amor”— leyó la más chismosa.

Ana enrojeció. No había observado la cinta, a pesar de que había estado acariciando al peluche desde que lo había rescatado del armario del quirófano.

El corrillo de enfermeras, mientras tanto, se deshacía en suspicacias.

—Para mi que es tu jefe, que está buenísimo y no se le conoce esposa.

—¡No seas tonta!, ese tipo no está casado. Seguro que en el sarcófago donde duerme no entra una mujer— respondió la más gordita.

—Si es como tu..., ¡seguro! — ofendió la chismosa — El tipo es excéntrico y callado, pero tu, Anita, tampoco estás en condición de elegir... ¿Cumple treinta, no?

Otra vez “Anita” sintió que se ahogaba en el fuentón.

—Sí, treinta... Y te puedo asegurar, querida amiga, que mientras siga respirando, voy a estar en condiciones de elegir— replicó con furia.

—Amén, hermana— corearon las demás, todas de más de cuarenta.

—Señoritas, ¿no tienen nada mejor que hacer que estorbar?— preguntó con autoridad la jefa de enfermeras.

Fin de fiesta. El grupo se desarmó automáticamente. En minutos sólo quedaron en el pasillo Ana y su oso de felpa.

¿Quién se lo habría regalado? .. ¿Quién se le iba a declarar? .. De una cosa estaba segura: apenas faltaba una hora para la medianoche, y ya casi no quedaba nadie en el hospital...

Excepto...

Golpeó la puerta del consultorio, con el pequeño oso como escudo.

—Adelante.

Tomó aire y entró.

—¡Hola! .. ¿Qué haces aquí? Creí que era el último idiota que quedaba.

Ana suspiró. No, no era el último. Ella encabezaba las huestes. ¿Por qué había pensado que el mensaje podía ser del idiota de Claudio? .. ¿Por qué había creído qué, después de todos aquellos años, el muy imbécil iba a pronunciar esas palabras tan esperadas?: “Estoy arrepentido, te amo”.

—Hoy ha sido un día fatal— parloteó él, ante su silencio. — Esto de los Reyes, pone a este hospital de cabeza.

Ya estaba. La alusión a la fiesta de Reyes. La felicitación por su cumpleaños.

—Y yo que estoy a punto de irme de vacaciones.

No.

—No aguanto más este calor.

Un silencio incómodo se produjo entre los dos.

—¿Y ese oso que llevas? ¡Te ves ridícula!

—Me lo han regalado por mi cumpleaños. Por cierto, gracias por acordarte.

¡Otra vez haciendo lo que no quería! Después de todos esos años no dejaba de mendigar su atención. ¡Patético!

—¿Quién te lo ha regalado?!— rugió Claudio, ofendido — Seguro que ha sido ese bicho raro de tu jefe... ¡Nunca le he tenido confianza a ese! .. O el idiota de Gerardo. El otro día casi le rompo la cara, cuando dijo que....

Ana lo miró, sorprendida. ¿No era un poco tarde para ponerse celoso? ¿Y eso del jefe de neonatología? ¿Acaso Gerardo no era casado?

—¿Qué? ¿Qué dijo?

—¡Nada! .. Pero le he hecho saber que no puede andar diciendo de ti cualquier cosa. Que tienes quien te defienda....

—¿Lo tengo?— preguntó Ana, sorprendida por la vehemencia de un hombre que la había castigado siempre con su olvido.

—Ana... Creo que ha llegado la hora de que hablemos...— dijo con gravedad Claudio, mientras se le acercaba. — ¡Tira ese oso!, ya no lo necesitas... A tu lado tienes un hombre de verdad— dijo, mientras arrancaba el juguete de sus manos.

La muchacha se estremeció. Después de todos esos años, su sueño estaba a punto de hacerse realidad.

—Lo he estado pensando seriamente, Anita. Mi vida se ha convertido en un verdadero desastre. Llego tarde a las guardias, y estoy anclado en este consultorio. El puesto de jefe acaban de dárselo a Carlos, y eso que él entró dos meses después que yo...No puedo ocuparme de todo. Necesito alguien que me apoye. Alguien que esté junto a mi, y me ayude a mejorar. Que ponga orden en mi vida. Necesito una esposa... Y nadie mejor que tu para el puesto.

Ana miró su cara de satisfacción, que anticipaba la respuesta afirmativa de una mujer que, junto con su auto y su departamento, él creía que le pertenecía. ¿El puesto? ¿De qué puesto hablaba? El de idiota acompañante, con seguridad. El de mujer que vendía su destino y futuro por el brillo de un anillo de compromiso.

—¿Sabías que acabo de cumplir treinta años?

—¡No importa!— respondió él, sonriente. — Me gustan las ancianitas.

—¿Y sabes de lo que me he dado cuenta, a mis viejos treinta años?

—Seguramente de algo complicado. A ti, como a todas las mujeres, les gusta hacerlo todo difícil. No se porque no te limitas a besarme, y salimos de aquí cuanto antes.

—Tienes razón— dijo ella, mientras pensaba que su sueño de los últimos años estaba a punto de concretarse, y que había llegado el momento de disfrutarlo. — Voy a besarte— terminó diciendo, mientras le estampaba un sonoro beso en la frente. — Y voy a reírme de

ti. Cada hora, cada día, durante el resto de mi vida. Porque eras tan estúpido que habiendo tenido una mujer que te amaba en forma incondicional, sin tu merecerlo, la dejaste partir. Y porque eres tan idiota como para pensar que tanta suerte pudiera tocarte dos veces....

—Te envalentonas por un imbécil que te ha regalado ese oso miserable... Pero no te ilusiones. Ningún otro va a pedirte matrimonio... ¡Tienes treinta años, por Dios Santo!

Ana le echó una última mirada. Pero no fue de odio, ni de rencor. Fue de lástima. Y Claudio no era tan estúpido como para no darse cuenta. Su orgullo de hombre herido quiso retenerla una vez más. La tomó entre sus brazos fuertes y le grito: — Ya vas a arrepentirte cuando no tengas marido.

—No necesito un marido para ser feliz— le dijo, mientras se soltaba y se apuraba a buscar su oso. — Sólo busco a alguien que me ame.

Faltaban treinta minutos para la medianoche. Ana abrazaba su oso, como si fuera el día que se le estaba escapando de las manos. Aquel cumpleaños especial, en que se había sentido un poco menos sola, y un poco menos invisible...

—¿Tú me has regalado este oso?—

Se había prometido no preguntar, pero las palabras le habían explotado en la boca. Claro que no quería que fuera Gerardo. Él era un tipo casado, y si bien durante las largas horas de

guardia nocturna, los anillos y los compromisos se dejaban a un lado, y la adrenalina del quirófano frecuentemente se transformaba en sexo, Ana había dejado establecido desde un principio que ella no iba a formar parte de los que se encerraban en los consultorios, entre descanso y descanso. Gerardo, en cambio, había hecho del hospital su propia patria, con sus propias normas. Allí, y a pesar de sus tres hijos, él era el más enamorado de los solteros.

—¿Tu me lo has regalado?— volvió a preguntar Ana.

—Sí, claro. He sido yo... ¿No es hermoso?

La respuesta la desilusionó. No había sido Claudio, no había sido el enfermero de la sala seis, y si no hubiera sido Gerardo, el único que hubiera quedado en su corta lista hubiera sido su jefe, el impenetrable doctor Fuentes. Un hombre en que difícilmente pensaba, como lo había dicho el Rey Mago, pero cuya presencia, sin embargo, la hacía sentir segura. Y no era sólo su habilidad en el quirófano, sino también la ternura con que trataba a sus pacientes durante la guardia nocturna, cuando se creía en soledad. Sí, ciertamente, y ahora que ya llevaba varias horas pensando en el asunto, quizás hubiera podido enamorarse de un hombre como él.

¡Qué estupidez! Un hombre del que no sabía nada... Seguramente por eso era el ideal. Un hombre desconocido: la única forma de que un hombre resultara perfecto.

Se sorprendió al darse cuenta de que, enfrascada en sus pensamientos, Gerardo había continuado con la charla. Se obligó a prestarle atención.

—... y podríamos quedarnos hasta las seis, sin que nos molestaran.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En el consultorio de pediatría. El jefe de residentes es mi amigo y....

—¡Olvídalo!— dijo, mientras se salía rápido del consultorio, con su oso a cuestas.

Ana comenzó a caminar por los pasillos desiertos. Se sentía estafada. Sin ninguna razón, había pensado que la extraña profecía que el osito tenía en el cuello iba a cumplirse inexorablemente. Y allí estaba ella, quince minutos antes de las doce, abrazando un juguete que posiblemente el idiota de Gerardo había robado de algún sitio.

Cuando pasó por la sala dos se detuvo. No se iba a ir sin darle un último saludo a Tomás. Sus padres habían quedado en la provincia, a muchos kilómetros, y el pobre chiquito debía enfrentar su dolor en soledad.

Cuando llegó a su cama, sonrió. Tomás dormía abrazado a Tomás. Ambas cabezas, vendadas con arte, una junto a la otra.

Ana los miró y no pudo evitar una lágrima. Sí, no necesitaba un marido para ser feliz. Había muchas cosas que podía dar, y tantas otras que podía recibir.

En silencio, le dio un beso de despedida.

—Te quiero mucho— dijo Tomás, entre sueños.

La muchacha sonrió. Como se lo habían predicho, alguien le había declarado su amor antes de que el día finalizara.

—Yo también— le contestó Ana, mientras abrazaba su oso.

A su espalda, una voz profunda la sorprendió.

—Todavía no has venido por mi consultorio para que te cure.

Era su jefe. Pero cuando ella intentó enfrentarlo, el desvió la mirada hacia el niño, ahora despierto.

—Tomás, ¿acaso crees que Ana tiene miedo de mi aguja mágica?

—Pica menos que un mosquito— la alentó el pequeño. — El doctor es bueno y te pone unas gotitas para que no te duela.

—¿Vienes?— le preguntó el impenetrable doctor Fuentes, mientras le extendía la mano, y la miraba con aquellos ojos que veía por primera vez... ¿O no? ¡No! Aquellos eran los dulces ojos azules de su Rey Mago.

— Y no olvides a tu oso— continuó él, con ternura.— Él no quiere que te alejes, pero no sabe como pedirte. Y es que le cuesta mucho hablar de sentimientos.

Ana se dejó transportar por aquella mano firme, hacia un lugar desconocido. Un camino por el que había transitado durante todos esos años, sin ver lo que escondía.

El camino hacia su propia felicidad.

FIN